



PARTE PRIMERA

(159...-1605)

SONETOS AMOROSOS

I

AL GUADALHORCE

Honra del mar de España, ilustre río
Que con cintas de azándar y verbena
Ciñes tu margen, de claveles llena,
Haciendo alegre ultraje al cierzo frío,

Si ya con tierna planta y dulce brío
Vieres la ingrata, causa de mi pena,
Hurtar tus perlas y pisar tu arena,
Baña sus huellas con el llanto mío.

Así la Aurora vierta por tu orilla
Canastillos de aljófar y esmeraldas,
Olor las auras, flores el verano.

Y, si esto es poco, así mi pastorcilla,
Cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas,
Te dé licencia de besar su mano.

II

Estas purpúreas rosas que á la Aurora
 Se le cayeron hoy del blanco seno,
 Y un vaso de pintadas flores lleno,
 ¡Oh dulces auras! os ofrezco agora,
 Si defendéis de mi divina Flora
 Con vuestras alas el color moreno,
 Del sol, que, ardiente y de piedad ajeno,
 Su rostro ofende porque el campo dora.
 ¡Oh hijas de la Tierra peregrinas!
 Mirad si tiene Mayo en sus guirnaldas
 Más frescas rosas, más bizarras flores.
 Llorando les dió el Alba perlas finas;
 El Sol, colores; mi afición, la falda
 De mi hermosa Flora, y ella, olores.

III

Levantaba, gigante en pensamiento,
 Soberbios montes de inmortal memoria
 Para escalar el cielo, en cuya gloria
 Procuraba descanso mi tormento,
 Cuando bajaron rayos por el viento
 Vestidos de venganza y de vitoria,
 Y, renovando de Tifeo la historia,
 La máquina abrasaron de mi intento.
 Y ya Paquino, Lilibeo y Peloro
 Me oprimen con pesada valentía,
 Y mi pecho es ardiente Mongibelo.
 Perdón, señora, pues mi culpa lloro;
 No mostréis más que son, á costa mía,
 Vuestros ojos los rayos, vos el cielo.

IV

Llegó Diciembre sobre el cierzo helado
 Y de flores el campo vió vestido,
 Y la redonda llama del sol vido
 Sin luz, y el cielo de otra luz honrado.
 Paróse el mes en felpas aforrado
 Por mirar el milagro nunca oído,
 Cuando á mi Sol de lumbre vió ceñido,
 Que el cielo alumbra, que enriquece el prado.
 La admiración de maravillas tantas
 Obligó al mes, y el caso sin segundo,
 Á contemplar la luz del claro rayo.
 Mas huyó luego con veloces plantas,
 Porque, mudando el natural del mundo,
 Se iba ya convirtiendo en mes de Mayo.

V

El sol á noble furia se provoca
 Cuando sin luz lo dejas descontento,
 Y, por gozarte, enfrena el movimiento
 El aura, que de gloria se retoca;
 Tus bellos ojos y tu dulce boca,
 De luz divina y de oloroso aliento,
 Envidia el claro sol y adora el viento,
 Por lo que el uno ve y el otro toca.
 Ojos y boca, que tenéis costumbre
 De darme vida, honraos con más despojos;
 Mi ardiente amor vuestra piedad invoca.
 Fáltame aliento, y fáltame la lumbre:
 ¡Prestadme vuestra luz, divinos ojos!
 ¡Beba yo vuestro aliento, dulce boca!

VI

Á ANTONIO MOHEDANO

Pues son vuestros pinceles, Mohedano,
 Ministros del más vivo entendimiento,
 Almas que le dan vida al pensamiento
 Y lenguas con que habla vuestra mano,
 Copiad divino un ángel á lo humano
 De aquella que se alegra en mi tormento,
 Porque tenga á quien dar del mal que siento
 Las quejas que se lleva el aire vano.

Cuando el original me diere enojos
 Quejaréme al retrato; que esto medra
 Quien trata amor con quien crueldades usa.

Mas temo que quedéis, viendo sus ojos,
 Como quien vió á Campestre, ó á Medusa:
 Enamorado, ó convertido en piedra.

MADRIGALES

I

En una red prendiste tu cabello,
 Por salteador de triunfos y despojos,
 Y, siendo el delincuente (1)
 Lo sueltas, y me haces dél cadena.
 No fies dél, ¡oh lumbré de mis ojos!
 Que es lazo, y mucho se te llega al cuello;
 Llégalo al mío, y pagaré la pena,
 Porque diga el Amor, siendo testigo,
 Que mi premio nació de su castigo.

(1) Quirós de los Ríos, en la edición moderna de las *Flores de poetas ilustres* leyó «él delincuente».

II

Pobre viste, perdiendo tu decoro,
 Arroyuelo gentil, con noble pena,
 Lecho y margen sin oro ni verbena,
 Agua sin lustre, arena sin tesoro.
 Mas ya miras riquezas al trasfloro
 Después que el nombre de mi Laura suena,
 En lecho, en agua, en margen, en arena,
 De perlas, de cristal, de flores, de oro.

III

Vuela más que otras veces;
 Sol, desenlaza libre tu presteza,
 Y mira no tropieces
 En tu misma furiosa ligereza.
 No alcancen á tus postas voladoras
 Con pies de viento las sucintas horas;
 Que con más honra volarás rogado
 Que de mi sol vencido y afrentado.

Á CRISALDA

CANCIÓN

Selvas donde en tapetes de esmeralda
 Duerme el verano alegre,
 Plantas cuyas cortezas
 Ilustré con el nombre de Crisalda,
 Calvos peñascos, voladoras aves,
 Tembladores arroyos (1)

(1) En entrambas ediciones de las *Flores* de ESPINOSA (165 y 1896) se lee *templadores*; pero téngolo por errata de la primera.

En cuyas verdes márgenes
 Os convidé á mis glorias,
 Agora os llamo á que miréis mis lágrimas,
 Vueltas en cautiverio mis vitorias
 Y en fuego mi esperanza.
 ¿Cuándo oistes decir de tal mudanza?
 Pájaros, fuentes, peñas, plantas, selvas,
 Pues ayer, escuchándome,
 Vosotras, selvas, me ofrecistes auras,
 Vosotros, verdes árboles, silencio,
 Y por oirme os acercastes, peñas,
 Vosotras, claras fuentes, os parastes,
 Y las plumas al viento le negastes
 Vosotros, dulces pájaros,
 Muévaos mi daño á lástima,
 Pues aquel basilisco
 Con entrañas de hierro
 Derramó por mi seno su ponzoña,
 En apariencia angélica,
 Y agora, como Hércules,
 Muero con la camisa del Centauro,
 Y no de verde lauro
 Coronado veréis mi monumento;
 Mas de cenizas débiles:
 Que en fuego me consumo.
 Iré con mi esperanza envuelta en humo,
 Sin las exequias flébiles
 Que la piedad ofrece á los difuntos.
 Llorad, en tanto, juntos,
 Selvas, plantas, peñascos, fuentes, pájaros.
 Encanto destes montes,
 ¿Qué te movió á matarme
 Y á colgar en tu carro mis despojos?
 ¿Por qué, si vide tus divinos ojos,
 No merecí librarme,
 Como quien vido al rey, yendo al cuchillo?
 ¿Pídote yo la grana de tus labios

Ni el azahar de tu oloroso aliento?
 ¿De tus mejillas púrpura y jazmines?
 No, sino el resplandor de aquestas luces,
 De cualquiera trabajo dulce premio.
 Yo haré mis gemidos
 Por bárbaras naciones conocidos;
 Mas callaré tu nombre:
 Que no has de ganar fama con mis males.
 Y yo sé que son tales,
 Que he de ver trasladarlos á los cielos,
 Por la color que tienen de mis celos,
 En donde, orlados de oro,
 Acompañando á las lucientes Híades,
 Ornarán la cerviz del rubio Toro;
 Y, yo á tus manos muerto,
 Tú imitarás á las demás mujeres,
 Y en la dureza, á las columnas frigias.
 Mas ¿puede haber crueldad en rostro angélico?
 En pecho de ángel ¿puede haber mudanza?
 Bien que el dolor me ha puesto en tanto extremo,
 Que de rabiosas quejas
 Henchí los aires anchos;
 La adoración negué á tu casa y rejas;
 Mas era como esclavo fugitivo,
 Bellísima Crisalda,
 Pues que las libertades que fingía
 Trueca agora el amor en duras cárceles,
 Desde donde despacho peticiones
 Al tribunal sagrado de tus ojos.
 Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
 Ricos tus bellos nácares,
 Pomas en los altares de mi ausencia;
 Ya un tiempo mi presencia
 Granjeaste con votos
 Y en los templos de Cipria
 Quemaste con devota reverencia
 Bálsamo de Judea, encienso arábigo,

Porque ni yo adorase otra belleza,
 Ni tardase á tus brazos.
 ¿Los venenos de Colcos,
 Las yerbas de Tesalia,
 Por ventura, hurtaron tu memoria?
 ¿No fué mi padre el Cáucaso?
 ¿No trebejé los pechos de las tigres?
 Mira que aun no me falta entendimiento
 Para tu gloria y el dolor que paso.
 Detén, no hagas caso
 De ser sólo tan falto de ventura;
 Que si el airado cielo me la niega,
 Puedes hacer aún más que el cielo mismo,
 Concediéndome tanta,
 Que des á mi mal gloria, al cielo envidia.
 Yo grabaré tu nombre en cedro y mármores,
 Y levantaré templos (1)
 Donde á tu bella imagen
 Tendrán, desde los blancos alemanes
 Hasta los turquesados agatirsos,
 En santa y religiosa reverencia;
 Que tanta es de los versos la excelencia.
 Y, en tanto, á mis querellas
 No cierres con las palmas los oídos,
 Pues no hay dios tan de bronce,
 Que no se ablande á los humildes ruegos,
 Ó no agraden los humos de los fuegos
 Que encienden en sus aras.
 Y, pues que con los dioses te comparas,
 Recibe el corazón, ardiendo en víctima,
 Ó gusta que lo ofrezca en tus altares;
 Que tal favor divino
 Al alma será gloria, al cuerpo epítima.

(1) Quirós de los Ríos enmendó *Y levantar he templos*, sin duda para evitar la dureza que causan los acentos inmediatos de las sílabas quinta y sexta.

Si es indicio de penas mal sentidas
 Saber decir un hombre lo que siente,
 Y si en las pastoriles boscarchas
 Caben también pasiones ciudadanas,
 No te admire el ornato de mis versos.

AL LICENCIADO ANTONIO MORENO

BOSCARECHA

Tú que huellas el oro de las márgenes
 Del Betis, rico de olivares pálidos,
 ¡Oh tú, hijo de Euterpe!
 Oye la furia inexorable, indómita,
 De una africana sierpe,
 Y juntamente escucha mis agravios (1).
 Que en mis ojos y labios
 Son testigos crueles de mi ofensa.
 Adoré una belleza tan inmensa,
 Que á la hermana de Júpiter
 Inquietó con envidias y con celos,
 Y del dios que á los cielos
 Con sus doradas ondas
 De claridad enviste los cristales
 Hurtó la lumbre y despreció los brazos.
 Yo, mientras, en dulcísimos abrazos,
 Bebía sus palabras,
 Formadas entre perlas y rubíes.
 La blanca luna, ornato de los bosques,
 Testigo de mi bien, oyó mil veces
 Los firmes juramentos que quebranta.

(1) En una de las dos copias que de esta composición hay en el código llamado *de Barahona*, de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla (fols. 292 y 314), *los*, en lugar de *mis*.

¿Quién vido, Antonio, tan ligera planta,
 Que sobre las aristas y las ondas
 Desafie los vientos?
 ¿Oíste ya decir de una Atalanta
 Que hizo perezoso al Euro scítico?
 Así esta fiera indómita
 Huyendo va de mí por estos montes,
 Como ligera cierva
 Que aun no ofende las puntas de la yerba.
 Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
 Ricos sus bellos nácares,
 Pomas de los altares de mi ausencia;
 Ya un tiempo mi presencia
 Granjeó con mil votos
 Y en el templo de Cipria
 Quemó, con religiosa reverencia,
 Bálsamo de Judea, encienso arábigo,
 Porque ni yo adorase otra belleza,
 Ni tardase en volver á ver la suya.
 Mas así goce la presencia tuya,
 Que mil veces culpé las horas raudas,
 Porque, á mi parecer, habían trocado
 Volantes plumas por pesado plomo,
 Nobles efetos de amoroso fuego;
 Mas ella, viendo luego
 Que yo tardaba tanto,
 De inmortal amaranto,
 De blanco bulbo y de silvestre mirto (1)
 Y de sidonio acanto
 Colgó por los altares y las bóvedas
 Coronas y festones,
 Donde venció la afeminada Chipre (2)
 En devoción ardiente.

(1) En una de las dichas copias está omitida la conjunción.

(2) *Ibidem*, á la.

Pues cuando, en los palacios del Oriente,
 Sobre alcatifas blancas
 Encarnados cojines
 Puso el pardo crepúsculo al Aurora,
 ¿Qué, el viento cudicioso (1)
 No hurtó de su boca el nombre mío?
 Ó, cuando los caballos
 Que están apacentados de rocío
 Bordaron de matices,
 Con la lumbre que arrojan sus narices,
 El monte verde, el cristalino río,
 ¿Qué, no les preguntó por mí á los árboles...?
 Tú, que en dureza vences á los mármoles,
 Cuando el sol, de la noche su enemiga,
 Iba huyendo por la tarde abajo
 Á zabullirse en las azules ondas,
 ¿Qué, no escribiste en las cortezas rústicas
 Con tu nombre mi nombre?
 ¡Yo, yo soy aquel hombre
 Á quien después bañaste rostro y labios
 De dulces besos húmidos!
 ¡Yo soy quien en tus faldas,
 Coronado de flores que traen sueño,
 De tu aliento gocé preciosos ámbares!
 ¡Yo aquel que te adoré (2); yo el que te adoro!
 ¿Cuándo en Getulia el infelice Moro
 Vido mayor fiereza?
 ¿Crió tan fiero monstruo
 El padre de las ninfas (3) Oceano?
 ¿Fue el Cáucaso tu padre?
 ¿Trebejaste los pechos de las tigres?
 ¿Los hechizos de Coleos
 Mudaron tus entrañas?

(1) En unas de las copias, y el viento.

(2) *Ibid.*, te lloré.

(3) *Ibid.*, de las aguas.

Bien como al cierzo las palustres cañas
 Se mueven, te mudaste,
 La risa, en acedísimas palabras;
 La dulce vista, en frente melancólica,
 Mas no podrás quitarme,
 Entre los otros bienes,
 La gloria de matarme tus desdenes.
 Dan rubias mieles los panales rubios;
 La primavera, flores;
 Mas yo daré querellas,
 Mientras que las estrellas
 Parezcan desde el suelo
 Tembladoras centellas;
 Mientras, parados del redondo cielo
 Los dos quiciales de oro,
 Lleven los navegantes
 Por el camino donde no hay camino...
 Mas, pues mi sol divino
 Ya me niega su lumbre,
 Con triste noche tapiaré mis ojos.
 Ves aquí, Antonio amigo, mis enojos,
 Tan mal pintados cuanto bien sentidos,
 Porque me tengas lástima (1),
 Que es el más triste bien de los perdidos.
 Mas, ya dejando aparte mis pasiones,
 Á aquel que con destrísimos pinceles
 Hurta á su entendimiento los conceptos,
 Cuya fatiga vence á la de Apeles (2),
 Y á aquel de cuya Cueva
 Salió el león Fernando
 Á ganar gloria y deshacer agravios,
 Y de ti, Antonio, y del amigo Torres,
 Las manos beso con humildes labios.

(1) En una de las mencionadas copias, *tenga*.

(2) *Ibid.*, *derribó al* de Apeles.

SONETOS FESTIVOS

I

Rompe la niebla de una gruta oscura
 Un monstruo lleno de culebras pardas,
 Y, entre sangrientas puntas de alabardas,
 Morir matando con furor procura.

Mas de la oscura horrenda sepultura
 Salen rabiando bramadoras guardas,
 De la Noche y Plutón hijas bastardas,
 Que le quitan la vida y la locura.

Deste vestigio nacen tres gigantes,
 Y destes tres gigantes, Doralice;
 Y desta Doralice nace un Bendo...

Tú, mirón, que esto miras, no te espantes
 Si no lo entiendes; que, aunque yo lo hice,
 Así me ayude Dios que no lo entiendo.

II

Cantar que nacen perlas y granates
 Si estampas los toribios de tus patas,
 Llamar coturnos breves tus zapatas,
 Escribir que eres ninfa del Eufrates,
 Decir, siendo tus codos acicates,
 Que son tus brazos tiernos como natas,
 Cuyas canillas te vendió baratas
 La ninfa de que hacen los chizgates (1),
 Es un cierto mentir á fuego lento,
 Para que se derrita un pecho moro,
 Si nace á ser verdugo de poetas.

(1) Alude á la ninfa Siringa, que fué transformada en caña.

Mas tú misma echarás de ver que miento;
Que las ninfas bordaban paños de oro:
Tú no sabes echarme unas soletas.

Á UNA MUJER GORDA

Porque sois para mucho,
Y mujer tan de hecho
Y de tan grande pecho,
Os quiero grandemente,
Y aquesto, muy sin artes;
Que sois de grandes partes,
Y de cuatro costados,
Con nueva maravilla,
Sois grande de los grandes de Castilla.
Y, aunque os hacéis tan grave,
Que á muchos sois pesada,
Como os ven bien tratada
Y es tal vuestra grandeza,
No se atreve ninguno
Á seros importuno;
Que sois más mujer que otra,
Y así, cualquiera siente
Que lo podréis moler muy fácilmente.
Mas si os tenéis en mucho,
Con grande fundamento
Y con mayor asiento
Estimá en mucho á todos;
Porque si sois grosera,
En ser terrible y fiera
Sudar os hará alguno,
Y con tan sucio ultraje
No es mucho que manchéis vuestro linaje.

Á LESBIA

SONETO

Con planta incierta y paso peregrino,
Lesbia (1), muerta la luz de tus centellas,
Llegaste á la ciudad de las querellas (2),
Sin dejar ni aun señal de tu camino.

Ya el día, primavera y sol divino,
De tus ojos, tu labio y trenzas bellas,
Dieron al agua, al campo, á las estrellas,
Luz clara, flores bellas, oro fino.

Ya de la edad tocaste tristemente
La meta, y pinta tu vitoria ingrata
Con pálida color el tiempo airado.

Yá obscurece, da al viento, vuelve en plata,
De los ojos, del labio, de la frente,
El resplandor, las flores, el brocado.

AL BAUTISMO DE JESÚS

CANCIÓN

La negra noche, con mojadas plumas,
Iba volando por la turbia sombra,
Lloviendo sueño encima de la gente,
Cuando, sobre clarísimas espumas,
De que á sus tiernas plantas hace alfombra (3),
Leyes daba el Jordán á su corriente;
Y, levantando la escarchada frente,
Dentro en sus aguas bellas
Las mismas que en el cielo vido estrellas;
Y apenas se alegró, cuando admirado
Vido bajar del cielo

(1) En el código de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, folio 290 vto., *Lice*, en lugar de *Lesbia*.

(2) En las dos ediciones de las *Flores, tus* en lugar de *las*.

(3) En la edición original, por yerro, *alfombras*.

Relámpagos blandiéndose,
Y luego un ángel, que, de lumbré armado,
Rasga los aires con ligero vuelo,
Y desde lejos, sobre el viento helado,
Dice, alegrando el suelo,
Estas palabras de inmortal sonido:

«Tú, Jordán, rey de ríos, escogido
De Dios para que á Dios le des mañana
Las aguas del bautismo soberano,
Tu margen vestirás de honor florido;
Tus sauces peina, tu corriente allana,
Con diligencias de piadosa mano.»
Dijo, y las plumas por el aire vano
Batió entre fuegos rojos,
Y á los del río seguidores ojos
Lo hurtó el Cielo; y el Jordán, volviendo
Á verse sin espanto,
Llamó á sus blancas náyades,
Y, el mandamiento celestial diciendo,
Ponen las manos al trabajo santo,
Tapetes, perlas, márgenes tendiendo
De azándar y amaranto,
Hermosas galas de la tierna Flora.

No donde el agua frágil bullidora
Del mal acogimiento de las piedras
Murmuraba con labios espumosos,
Mas donde corre muda, vió la Aurora
De fruta y flores, de espadaña y yedras,
Bellos festones, arcos ambiciosos;
Vió de lirios y tallos olorosos
Por los troncos selvajes
Ensortijados lazos y follajes,
Y por la orilla, rica de pintura,
Mil sartas de corales
Y de aljófares líquidos,
Que el Jordán, con gallarda hermosura,
Ensartó en claros hilos de cristales;

El cual, ya convertido en agua pura,
Andaba con iguales
Plantas quietando el reino cristalino.
Mas ya Jesús y el Precursor divino,
Habiendo por tendido espacio hecho
Á las aguas merced con su presencia,
Deja el Señor la ropa, y el vecino
Jordán pisa, desnudo el santo pecho,
Á quien hacen las aguas reverencia:
Unas, pues, con devota diligencia
Y paso medio humano
Quieren henchir el nácar que en la mano
Tiene el Baptista, y otras, oprimidas
De las que vienen luego,
Besan con labios húmidos,
De paso, las reliquias más queridas
Que el Cielo guarda; el cual, lloviendo fuego
Que alumbra y no consume nuestras vidas,
Se abrió, dejando ciego
Con otra luz mayor al sol dorado.

Entre fuego, el Espíritu sagrado,
Dando nobleza al valle y á las cumbres,
Calificó la humanidad del Verbo,
De lo cual fué testigo, si admirado,
Bien que estaba muy lejos, por las lumbres,
El infernal espíritu protervo.
Mas, mientras que se admira el ángel siervo,
En agua, en viento y plantas
Se vieron nuevas maravillas santas:
En el viento, los ángeles cantando;
Y en las floridas ramas,
Innumerables pájaros
Á Dios gloriosas alabanzas dando;
Y en el Jordán, reverberantes llamas,
Donde los mudos peces, levantando
Plateadas escamas,
Á Dios le daban alabanzas mudas.